



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



23 de noviembre de 1889



Núm. 108



LA MUÑECA DESNARIGADA

UN RATO DE CHARLA

MUCHO tiempo hace debiera haberos recomendado la revista que se publica en Madrid con el título de *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. Por fin lo hago hoy; y no sólo esto, sino que con pruebas en la mano voy á demostraros la altísima importancia de tal publicación.



La muñeca desnarigada

Entre los artículos, siempre interesantes y profundos, que inserta, ha salido una serie de ellos con el rótulo de *La nerviosidad y la educación según el doctor Pelman*; artículos que son un modelo de observación y de enseñanza, y del último de los cuales voy á daros idea: tan trascendental me parece lo que dice.

Cree Pelman que la escuela actual perjudica mucho á la salud del niño, y da sus pruebas; pero el objeto del artículo á que me refiero es exponer la parte de culpa que en los males que afligen á la infancia corresponde á la sociedad.

Comienza el autor censurando á las madres que no saben educar á sus hijos *nerviosillos*, tratándolos ora con extrema benignidad, ora con desaforado rigor; y reprende en seguida la mala práctica de acostumbrarles al vino ó á la cerveza á niños de dos y tres años. «La consecuencia directa de este uso precoz del alcohol,—dice,—es, por un lado, la excitabilidad; por otro, la poca resistencia del sistema nervioso.»

Crítica luego la costumbre de impedir el paso de la luz y del aire en las habitaciones con tenerlas cerradas con espesos cortinajes, siendo así que ambos elementos le son tan necesarios al niño como á las plantas. Es preciso que los niños gocen del sol y del aire libre, y es preciso también que, al llegar al período de la pu-

bertad, en vez de ir por bailes y tertulias, correeteen y se desarrollen de día, y se vayan á camita en vez de trastrochar. El doctor Pelman truena contra los bailes de niños, «cuyo influjo es directamente nocivo, corrompen el gusto y traen grave culpa para los padres, únicos responsables en este punto.»

Viene luego la prudentísima recomendación de que las niñas no se casen pronto (¡terrible desatino!), y el deseo de que se encuentren salidas para el porvenir de las mujeres. Pelman reprueba que se dediquen á maestras, institutrices, tenedoras de libros, empleadas en oficinas, médicas, etc.; recelándose de que la llamada *emancipación de la mujer* trasforme á ésta en un marimacho que fume, beba, etc., etc., y acabe por ser vencida en la lucha.



La muñeca desnarigada

Remedios para reaccionar contra la *nerviosidad* que engendra la vida moderna: «Lo primero de todo es conservar el sueño nocturno, reparador de la fuerza nerviosa; después, procurarse una alimentación, no sólo nutritiva, sino exenta de excitantes; moverse y andar todo lo más posible; respirar aire puro; consagrar al trabajo la primera parte del día, y al recreo y descanso la segunda; vivir con regla y guardar moderación en todas las cosas.»

En cuanto á pensar que en las farmacias y *establecimientos termales* hay el remedio para ponerse bueno y corregir los males, es una equivocación: los viajes son excelentes, pero á condición de ser puramente de recreo. «Los establecimientos terapéuticos á la moderna, con bailes, soirées, teatros, conciertos, son tan perjudiciales para los neuróticos como las marchas y ascensiones exageradas, que podrán servir para otros enfermos.»

Aparte de esto y de la urgencia de una reforma en el sistema escolar, precisa que el Estado tome á su cargo los siguientes cuidados: «Combatir la pasión de la embriaguez; libertar de impuestos los artículos de primera necesidad; velar por la salubridad de las habitaciones, escuelas y fábricas; fijación de las horas de trabajo de estas últimas; regulación de las relaciones entre fabricantes y obreros en punto al salario.»

Podéis tener por cierto que en Alemania el Gobierno hará todo eso, como podéis tener por cierto, igualmente, que en España no lo veréis nunca. Aquí no se puede hablar sino del sufragio *universalizado* (¡¡psch!!), y de si la *democrassia*, que decía el otro, ha de informar ó no el reglamento... de las corridas de toros. Cuando un buen señor, como el digno senador Maluquer, habla de cosas de sustancia, justas, necesarias, le llaman ¡*socialista*!

¿Y qué? ¿Fueron otra cosa Carlos III y el último Napoleón? ¿No lo es Guillermo II? ¿No lo es Bismarck? ¿No lo es el conde de Mun? ¿No lo es el ilustre conservador inglés Sir Randolph Churchill? ¿No lo es todo aquel que se interesa antes por el pan y el bienestar del pueblo que no por hartarle de decretos que no pasan más allá de la *Gaceta*?

¿Cuándo acabaremos con la lepra de los politicuchos para entrar en la era de los *sociólogos*, que se preocupan ante todo del mejoramiento físico y moral del hombre!

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



LA IMPRENTA Y EL PAPEL

A raíz del portentoso descubrimiento del vapor, todos los industriales se afanaron para ser los primeros en disfrutar de sus beneficiosos resultados. Dos industrias importantísimas, la imprenta y el papel, agentes poderosos de la civilización, fueron, sin embargo, las que con más decidido entusiasmo plantearon las nuevas reformas y las que más brillantes resultados obtuvieron.

Hasta entonces se había elaborado el papel á mano en pliegos, no pudiendo, por esta causa, excederse de determinado tamaño; pero en 1799 inventó el súbdito francés Luis Robert la primera máquina, que en una hora hacía lo que dos trabajadores apenas podían hacer con el sistema antiguo en doce horas de trabajo, á saber, de cinco mil á seis mil pliegos en hojas, que la máquina producía en una pieza continua que luego se cortaba en la forma y tamaño que se quería. Desde entonces, como es de suponer, se ha perfeccionado tanto la máquina que hoy responde á las más exigentes necesidades de una industria tan importante como universalmente extendida.

La impresión seguía asimismo haciéndose á mano. Los únicos perfeccionamientos que se introdujeron sucesivamente fué reemplazar el armazón y otras piezas, antes de madera, por otras de hierro colado, latón, acero, etc., etc. El vizconde Carlos Stanhope hizo construir la primera prensa toda de hierro; pero lo que convenía con apremiante urgencia era que se inventase otra que hiciera más trabajo, ya que las antiguas, con perfecciones y todo, no permitían, aun en los casos más favorables, hacer un tiraje de más de cuatrocientos cincuenta ejemplares por hora. Nadie sentía tanto la necesidad de una mejora tan importante como reclamada por las necesidades de la época, como el propietario del famoso periódico londonense *The Times*, fundado en 1788, y cuyo número de suscritores, en el primer decenio de nuestro siglo, gracias á los



Reflexiones infantiles

acontecimientos políticos que se sucedieron, aumentó de una manera colosal. Llamábase, el afortunado editor, Walter, y había invertido sumas fabulosas, y siempre inútilmente, para atender al creciente desarrollo que su publicación iba adquiriendo; gasto tan inútil como improductivo, ya que, por mucho que aumentara el número de máquinas á mano en sus talleres, no podía en manera alguna completar el tiraje que debía. Entonces apareció Koenig, nacido en Eisleben el año 1774 y muerto en 1833, que, habiendo aprendido el oficio de impresor tipógrafo en Leipzig, era el hombre destinado á resolver el problema. En 1805 acabó el plano de su nueva prensa; pero no encontrando apoyo en Alemania, su patria, fuese á Inglaterra, donde no solamente la suerte le deparó un impresor animoso, un tal Benslay, sino también un excelente mecánico paisano suyo, Andrés Baüer. En 1811 obtuvo Koenig sus primeras patentes, empezando en seguida á trabajar la primera prensa de su sistema en la imprenta de Benslay, publicándose el 29 de noviembre de 1814 el primer número del *Times* impreso á máquina, el cual fué encabezado con un artículo de fondo altamente laudatorio para el inventor.

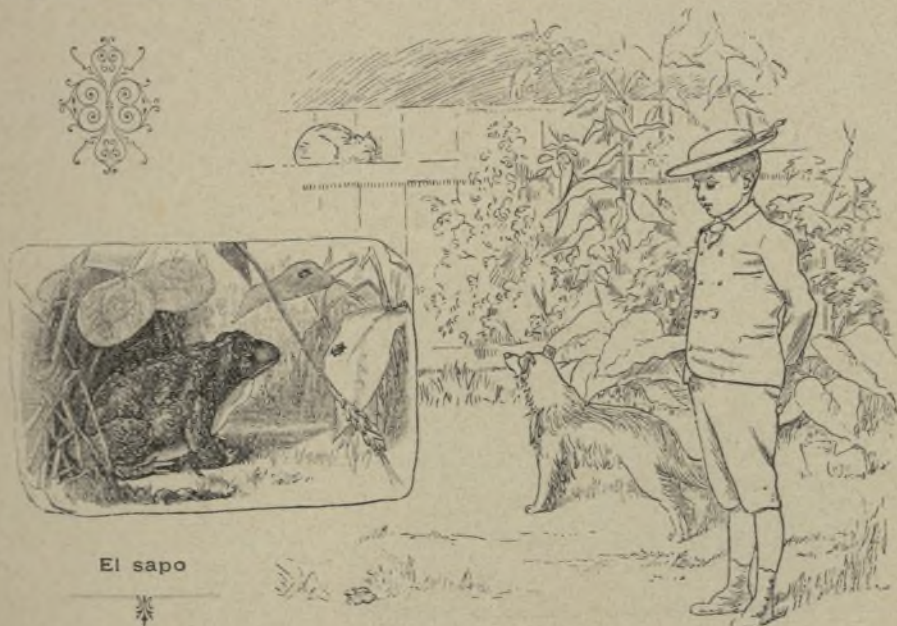
Koenig y Baüer fundaron algunos años después la fábrica de construcciones de máquinas de imprenta que tanta fama debía adquirir en Olerzell (Baviera). Las primeras máquinas de imprimir se montaron en Alemania en 1822, en dos imprentas de Berlín.

A. OZORES



AL PIE DEL ÁRBOL

Si, daba gusto, en una mañana de primavera madrileña tan cruda, en que soplaban un zarzagán friísimo de allá, de la sierra, cubierta aún con su gorro de dormir de copos de nieve; daba gusto estar en aquel nido, enclavado en un rincón, en la horquilla de ramas más ignorada de la copa, resguardado del cierzo por la espesa urdimbre de los brazos del árbol y bañado de sol por un rayo caritativo que horadaba el follaje naciente, entrándose á



El sapo

calentar la habitación de pajas de los inquilinos de la buhardilla del tronco. ¡Muy bien! Pero hacía una atrocidad de tiempo que había amanecido, la cría se cansaba de mirar el pedazo de horizonte azul que se descubría por un boquete de la fronda, y... nada, no se distinguían unas alas negras ni para un remedio, ni venía el desayuno. ¡Cómo tardarían tanto los padres! No faltó entre la cría quien propusiera huir de la casa paterna á buscarse por esos aires la vida. ¡Qué buena idea! ¡Así no se haría esperar el almuerzo! ¡Pero si no sabían volar ni tenían en las espaldas más que una porquería de plumas inútiles!

No había otro remedio que esperar y matar el tiempo contemplando la mañana, que era toda una señora mañana de esas que llenan el corazón de deseos, hacen brotar las fresas y abren las rosas: en el espacio latía tanta luz que los pajarillos pensaban si habría estallado en fragmentos el sol, y á no ser por el viento, que saltando al norte se traía las últimas agujas de frío de la mala estación, no hubiera tenido tacha aquella mañana de primavera tan azul.

Por fin, oyeron en el espacio un chillar conocido. Los cuatro á la vez, pidiendo cada *quisque* con furia:—¡A mí! ¡A mí! ¡A mí!—y abriendo todos cuanto podían los picos, se empinaron las avecillas, apoyándose en las suaves paredes

del nido y pidiendo á voces la pitanza. La madre llegó como una bala al árbol, se entró en la copa escurriéndose entre su cordaje, y dejó caer, en el pico que encontró más cerca, un insecto que llevaba en la boca. En seguida se remontó, cuidando de no olvidar el hijo que había comido. Otras alas más grandes bajaron después y dieron de almorzar á otro pequeño, largándose en el acto: era el padre. Tornó la hembra con más alimento y se lo trasmitió á uno



El papagayo

de los *pequeños* que estaban todavía en ayunas, dominando el alboroto de los demás, que pugnaban por atraparlo. Luego volvió el macho: ahora traía un buche de agua en la boca. Y así se les fué el rato, traga que traga, al sol, entre el follaje, y sin ver sus estómagos ahitos.

La madre iba á elevarse. En aquel momento guardaba silencio la cría. De pronto, fuera de la copa, en la calle, estalló el gemir desconsolado de un niño que lloraba y la vocecita de otro que procuraba cal-

marle con sus palabras acariciadoras y llenas de ternura. La pájara se asomó cautelosamente por entre las ramas, atraída por los sollozos, y miró á dos pobres criaturas, sucias, mugrientas, desarropadas, descalzas, casi desnudas, que pedían limosna temblando de frío y buscando con ansia aquel rayo de sol ardoroso y apetecible que bajaba al árbol y que tenía resplandores para los pájaros y no para los niños. Apenas cubiertas de andrajos sus carnes ateridas, acu-

rrucados junto al tronco, prestándose calor mutuamente, alargaban los tiernos menesterosos su manecita trémula á las modistas que pasaban á escape en derechura á sus talleres, y á las criadas que transitaban con la cesta al brazo en busca de los mercados. Los dos pequeñuelos eran rubios, con el rubio tostado que da al cabello la intemperie chupándose hebra á hebra el color de trigo. Ninguno ostentaba rosas en las mejillas, y ambos presentaban una carita lacia, chupada, huesosa, trasparente en fuerza de flaca, sin señales de besos ni de caricias, y unos ojos tristes, apagados, sombríos, sin ninguna claridad en su fondo oscuro y misterioso.

Adentro, en la copa, la insaciable cría tornaba á chillar turbulentamente en pro de la panza, aguijoneada de nuevo por el hambre. La pájara acabó de contemplar tristemente á los niños, pió á los suyos:—Tened paciencia,— y se remontó otra vez á caza de insectos, murmurando, al tender las alas, con la honda conmiseración de todas las madres:

—¡Qué lástima! ¡Son dos chicos que no tienen nido!

ALFONSO PÉREZ NIEVA



EL
NIÑO LABORIOSO

Un niño, por vez primera,
unos dátiles comió,
y, gustándole, plantó
en su huerto una palmera.

Viéndole un agricultor
trabajar con tanto anhelo,
acercóse al pequeñuelo,
y le dijo con amor:

—¿Qué haces, niño alucinado?
Mucho tiempo ha de pasar
para que te llegue á dar
fruto el árbol que has plantado.

—¿De esperar qué perderé?—
repuso el niño al consejo.—
Ya el fruto recogeré,
que siendo joven planté,
el día que sea viejo.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

El gato mímado

EL FANTASMA DE FUEGO

(A MI MUY QUERIDO AMIGO F. AGUADO)

Por el suelo cubierto de bellísimas flores de precioso colorido y hermoso perfume, en medio de los vivos del pueblo, que daba gritos de alegría, y sobre una encantadora carroza, en la que los diamantes, el oro y las piedras preciosas abundaban, y tirada por tres briosos corceles, cuyo pelo brillaba al recibir la luz del sol y los fulgurantes rayos que dirigían hacia ellos los diamantes y las perlas; marchaban, luciendo sobre sus sienes la real corona de deslumbradora riqueza, dos reyes bondadosos, amantes de su pueblo y dignos del cariño de sus súbditos: *él* con el corazón desbordado de alegría, y *ella* mostrando su extraordinaria hermosura, sus manos blancas como el agua del limpio arroyuelo que serpentea por el valle, y luciendo su talle, más precioso todavía al hallarse adornado de multitud de diamantes que arrojaban rayos de luz y que brillaban como las estrellas del cielo y las doradas escamas de los peces en las aguas del mar. Aquellos dos hermosos seres, dignos de ocupar el trono bajo todos conceptos, acababan de unirse bajo el lazo del matrimonio. Sus corazones, desbordando de alegría y dignos el uno del otro, no se separarían ya nunca, nunca, hasta que la muerte fuese á acabar con la vida del uno y la tristeza arrebatara del mundo al otro. Mas ¡ay! la dicha no es completa y dura poco, pues cuando mayor era el entusiasmo, más grande la algazara y más atronadores los vivos, se presenta un enorme monstruo, un fantasma de fuego, que, arrojándose sobre la encantadora carroza, arrebató de los brazos del sorprendido rey á la que era ya su esposa, y, en medio de un gran silencio, producido por el miedo que ocasiona la terrible visión, se eleva por los aires el espantable monstruo, llevando entre sus manos la presa que acaba de robar á aquel ser tan feliz pocos momentos antes, y que ahora queda solo en la tierra, puesto que lo más querido para él ha desaparecido. Sin embargo, el valiente rey no desmaya y decide seguir á su esposa: si está lejos irá él lejos; y si ha muerto y está en otro mundo más feliz, también irá á completar su felicidad. Así, pues, en medio del asombro del pueblo, que hubiera querido detenerle por temor de perderlo como á su adorada reina, aquel valiente ser, impulsado por el amor, comenzó á seguir el camino por donde el fantasma de fuego se había llevado á su esposa, mientras que, con la espada en la mano y los ojos en el cielo, sus labios murmuraban esta sola palabra, que repetía muchas veces:—¡Infame! ¡Infame!



El niño generoso

* * *

A pesar del peligro que corría su vida, el valiente rey, sin detenerse á descansar ni un momento, seguía su camino, pisando la verde y fresca yerba

que cubría el suelo, húmeda por hallarse bañada por un pequeño arroyuelo de agua cristalina, en cuyo fondo los revoltosos pececillos, más dichosos que él, jugueteaban y daban vueltas en su elemento. Las plateadas escamas de aquellos peces le parecieron muchas veces los brillantes ojos de su amada, y más de una vez creyó ver en el limpio cristal de las aguas del arroyo la imagen de su esposa, de aquel ser que tan feliz le hubiera hecho y que el infame fantasma de fuego le había arrebatado. Sumido en estos pensamientos, pisando las florecillas que encontraba á su paso, ensangrentado su rostro por las picaduras de infinidad de insectos que parecían quererle acobardar con sus terribles aguijones, desgarrados sus vestidos por las espinas y abrojos que encontraba en su camino, y doloridos sus pies al tener que pasar por encima de puntiagudas piedras que se le clavaban en la carne, continuaba el valiente rey su camino, cada vez más animado, mucho más al escuchar una voz que el viento llevaba hasta sus oídos y que le decía:—¡Adelante! ¡Adelante!

Pero ¿dónde estaba el terrible fantasma, que no se veía por ningún lado? ¿Dónde había dejado el fruto robado, que la vista más perspicaz no hubiera podido distinguir-lo? ¿Dónde encontrar al primero para vengarse de su infamia, y al segundo para salvarle del peligro que corría entre las manos de aquel monstruo? ¿Dónde estarían? ¿Por dónde ir? ¿Qué camino era preciso tomar para encontrarlos? Esto nadie lo sabía: sólo Dios, que desde el cielo todo lo ve, todo lo sabe, todo lo oye, y que de todo también guarda el secreto. Con la esperanza perdida, con el corazón desgarrado por el dolor y con los ojos bañados en lágrimas, desfallecido por el cansancio, medio muerto por el hambre y brotando sangre todo su cuerpo, encontramos al valiente personaje tendido sobre la yerba, con los brazos en cruz, con los ojos cerrados y con el cabello mojado por el agua del arroyuelo, que pasaba rozando la cabeza de aquel desgraciado ser. Pero ¿estaba muerto? No. Sus ojos se abrieron al poco rato, dando salida á dos gruesas lágrimas, y sus labios se entreabrieron para decir de nuevo:—¡Infame! ¡Infame!—Pero sólo el eco contestó á estas amenazadoras palabras. ¡Desgraciado! ¡Qué desconocido estaba! Sus labios, encarnados como la rosa, habíanse tornado en blancos como el jazmín; sus ojos, brillantes como estrellas, no resplandecían más que al tocar en las lágrimas que cubrían sus pupilas los rayos del sol, que al mismo tiempo alumbraban su rostro como queriendo decir á los que le miraban:—¡Vedle! ¡Ved lo decolorido que está y lo demacrado que se halla! ¡Ved cómo flaquea! ¡Ved cómo el corazón se le desgarrar por el dolor! Y ¡ved adónde le ha conducido su desgracia!—Sin embargo, él no se aterra, y, levantándose del suelo,



El niño generoso

comienza de nuevo á caminar por el húmedo prado, diciendo, medio loco, abatido y entre sollozos:—¡No, no! ¡No quiero morir! ¡Quiero llegar á mi destino! ¡Quiero encontrar lo que busco con tanto afán, para morir después!—Y, sin perder todavía la esperanza, continúa su camino, escuchando siempre á la voz que le dice:—¡Adelante! ¡Adelante!

*
*
*

Los días se pasaban como los minutos. El sitio era siempre el mismo con poca diferencia. Las mismas plantas, los mismos árboles, el mismo cantar de los pajarillos y el mismo murmullo del arroyo que serpenteaba sin detenerse ante ningún obstáculo. Sólo una cosa varió: el cielo. Sí: el cielo, que antes estaba completamente limpio de todo objeto que impidiera verse su azulada bóveda, estaba ahora lleno de opacas nubes que fueron cubriéndolo poco á poco, y que, chocando después unas con otras, produjeron el trueno, el trueno, que era mucho más terrible en medio de aquel cuadro cada vez más solitario, más silencioso, más triste, y alumbrado solamente por la fantástica luz del relámpago. El silencio, interrumpido sólo por el atronador ruido del trueno, dejó de sucederse al oírse un grito que no hubiera podido decirse si era de alegría ó de tristeza. Aquel grito fué dado por el valiente caminante, que, apresurando el paso, se dirigió... ¿Adónde? Sencillamente: á un castillo que un enorme relámpago había permitido ver á lo lejos, y del cual había salido y se había elevado por los aires aquel monstruo terrible, el fantasma de fuego. El desgraciado rey hace entonces un supremo esfuerzo por llegar á él, y, medio arrastrándose por el suelo, se dirige hacia el castillo, escuchando siempre la voz que le decía al oído:—¡Adelante! ¡Adelante!

*
*
*

De pronto se detuvo: había llegado al castillo, cuya formidable puerta de hierro encontró abierta. Tuvo un poco de miedo; pero, animado por aquella misteriosa voz cuyo eco oía todavía, subió los escalones, atravesó el umbral de la puerta y siguió un oscuro pasillo, apoyando sus destrozadas manos en la pared para no caer al suelo desfallecido ó muerto, pues sus fuerzas se agotaban, sus pies no querían sostenerlo y la sangre apenas circulaba ya por sus venas. Anduvo así un rato, y por último llegó á una espaciosa bóveda, alumbrada solamente por un rayo de luna que penetraba por una ruinosa ventana. De repente su rostro palideció más, mucho más; llevóse las manos á su ardorosa cabeza, y un frío sudor cubrió su cuerpo, mientras que sus débiles piernas temblaban. ¡Qué horror, qué tristeza, qué oscuridad! En aquella mansión de la muerte, tendida en el suelo, con sus manos quemadas por el fuego, con su rostro blanco como la cera al hallarse alumbrado por el plateado pértigo de la naciente luna, y con sus rubios cabellos en desorden, yacía la esposa del valiente caminante. Por un momento nada se oyó: la muerte reinaba en aquella mansión de tristeza; todo yacía, todo estaba en silencio. Mas de repente estalló una terrible carcajada, que el eco repitió y que salía de los labios del desgraciado rey. Mas ¡ay! aquella carcajada no era de alegría, no; era de rabia, de ira, de dolor. Sí: no era una de esas alegres carcajadas de la vida; era una nerviosa carcajada de las que se dan en el curso de la muerte. Poco después, cuando la luna siguiendo su curso dejó de alumbrar aquel horroroso cuadro, y mientras el rey yacía al lado del cadáver de su esposa, sus almas subían al cielo á disfrutar de mejor vida, en tanto que el fantasma de fuego volaba victorioso por los aires.

ALBERTO CASAÑAL

— NUESTROS GRABADOS —

LA MUÑECA DESNARIGADA

A la niña Pilar habíale regalado la mamá, el día de su santo, una muñeca magnífica; y tan enorgullecida estaba con su posesión, que la llevaba á paseo y á todas partes, sin abandonarla ni aun á la hora de acostarse. Pero un día la hermosa muñeca se cayó al suelo y rompióse la nariz. Pilar lloró amargamente esta desgracia, y estaba tan inconsolable que su tía procuró aliviar su dolor. Para esto buscó un poco de cola, pegó la nariz, y, pasando por encima una capa de pintura, dejola bien compuesta, con lo cual se consoló Pilar, aunque la muñeca conservó señal de la fractura.

REFLEXIONES INFANTILES

Si yo fuera pajarillo trinaría suavemente en el bosque, triscando en el áspero ramaje, y me elevaría hasta el cielo, cruzando con ligereza los aires.

Si yo fuera gato perseguiría á las ratas y ratones, acariciando á mi ama para que me diese un poco de leche.

Si yo fuera ratoncito roería con gusto el queso, que tanto me agrada, apenas se descuidase la cocinera.

Pero soy un niño que nada sabe y para quien todo es nuevo. Me levanto por la mañana, pensando sólo en el almuerzo y en jugar, porque no tengo más que cuatro años; pero cuando sea mayor iré á la escuela como mis hermanos y también me divertiré como ellos.

EL SAPO

—¡Qué animal tan feo, papá!—dijo Carlos á su padre.—Me parece que sería mejor matarlo, porque, si no, le veré cada vez que baje al jardín, y me repugna mucho.

—Y ¿por qué lo has de matar?

—Porque es muy feo, y temo que devore las plantas del jardín. Ya recordarás que el otro día matamos varios pulgones y lombrices, y estoy seguro que ese sapo es mucho peor.

—Si yo extermino los pulgones y las lombrices,—contestó el padre,—es porque destruyen las flores y todas las plantas; pero ese pobre sapo no hace daño alguno. Muy lejos de ello, es un buen servidor, porque persigue á los insectos que más perjuicio causan en nuestro jardín, y no hay duda que mata más en una tarde que nosotros en todo el día. Busca por ahí algunos pulgones, colócalos cerca del sapo, y verás lo que hará.

Carlos obedeció, y, habiendo encontrado lo que buscaba, detúvose junto al reptil para ver qué hacía. Apenas vió el animal la presa, hizo un movimiento hacia adelante, sacó la lengua y devoró los pulgones uno tras otro.

—Parece imposible que sea tan listo con esas formas tan pesadas,—dijo Carlos;—y desde hoy no le faltará ese alimento.

Carlos se encargó, efectivamente, del repugnante sapo, que poco á poco se acostumbró á ver al chico, familiarizándose hasta el punto de tomar el alimento de su mano. Desde entonces Carlos cobró cariño al reptil, y no hubiera querido matarle por nada.

EL PAPAGAYO

Zack era un papagayo viejo, de plumaje blanco y cresta amarilla; y, excepto en las alas, apenas conservaba media docena de plumas. Sabía decir algunas palabras, y pronunciaba con mucha claridad la frase:—¡Pobre Zack!—Pero en cambio tenía á veces muy malas intenciones, y si podía coger el dedo de alguno, apretaba con toda su fuerza.

Zack aborrecía á la criada de la casa, y, como le tenían suelto, no desperdiciaba ocasión de hacerle algún daño. Cierta día corrió en su seguimiento, y, al instante que se inclinaba para coger una flor, cogióle el talón con el pico, oprimiendo con tal fuerza que fué necesario que fuese alguien en su auxilio para librarla del ave.

EL GATO MIMADO

Tres niñas, Mercedes, Pilar y Juanita, no piensan más que en cuidar de su gatito, del cual parecen estar enamoradas. La una juega siempre con el gracioso animal, que excita la risa con sus saltos y cabriolas; la otra le coge siempre en brazos para acariciarle; y la tercera se cuida, sobre todo, de que no le falte el alimento, y le da diariamente leche en abundancia para que engorde.

¡Cuántos gatos envidiarían la suerte del que protegen esas tres niñas!

EL NIÑO GENEROSO

Hace mucho, mucho tiempo, cuando se usaba el sombrero de tres picos, el niño Ricardo salió de su casa dando vueltas entre los dedos á una moneda de cobre nuevecita que su mamá le había dado para comprar caramelos. Poco antes de llegar á la confitería encontró una niña de su edad cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, y, como le preguntase por qué lloraba, aquélla contestó que estaba muy débil por no haber comido en todo el día.

Entonces Ricardo, compadecido de la infeliz, corrió á una tahona inmediata y gastó los cinco céntimos en pan para dárselo á la niña, que le agradeció en el alma su generosidad.

También los padres de Ricardo recompensáronle su noble conducta, regalándole una moneda de doble valor.

EN BUSCA DE FRESAS

Con un sombrerito de paja para preservarse del calor del sol, con los pies desnudos y un gatito debajo de cada brazo, la niña Julia recorre el bosque en busca de fresas, á las que es muy aficionada. Sin temor al cansancio, emplea en su excursión dos ó tres horas, y al fin vuelve á su casa, cargada del sabroso fruto.





EL MANZANO

(Continuación)

Loveit reconoció la casa blanca y el manzano que estaba próximo á ella. Hicieron un agujero en la cerca, y llegaron, no sin algunos arañazos, á penetrar en el jardín.

Todo estaba silencioso. Apenas se oía el rumor de las hojas agitadas por una ligera brisa. Estaban conmovidos, y su corazón latía violentamente. Al trepar Loveit por el árbol, creyó oír una puerta que se abría en la casa. Conjuró en voz baja á sus compañeros que abandonasen la empresa y se volbiesen á casa; pero no quisieron consentir antes de haberse llenado los bolsillos. Entonces decidieron volverse por el mismo camino, y cada uno se retiró á su cuarto tan calladamente como fué posible.

Loveit dormía en el mismo cuarto que Hardy. Por precaución creyó Tarlton deber quitar de los bolsillos de Loveit las manzanas robadas, á fin de que Hardy no se enterase de su escapatoria; y lo hizo con tanta habilidad y tan poco ruido que Loveit mismo no lo advirtió. No dormía, sin embargo: los remordimientos de su conciencia le agitaban; conocía que no tenía bastante valor para ser bueno y que solamente su falta de resolución le había conducido á formar parte de aquella desdichada expedición.

Sorprendiéronse los tres de que Hardy, con toda su penetración, no hubiera descubierto el robo hecho durante la noche; pero Loveit, que le conocía mejor que los otros, no estuvo mucho tiempo sin advertir que no estaba tan ignorante de ello como quería aparentar. Muchas veces estuvo á punto de confiar á su amigo todas sus angustias; pero, fiel á su promesa, prefirió guardar para sí su pesar y sus remordimientos, y responder siempre de una manera evasiva á las preguntas que le dirigía su amigo.

En vano era que pidiese á Tarlton permiso para desahogarse con Hardy: el mal niño rechazaba siempre su demanda y le apostrofaba en estos términos:

—Ya me temía yo que habría entre nosotros un ruin como tú. Anda: dile todo lo que te dé la gana, todo lo que sepas, á fin de que nos denuncie y nos echen del colegio. ¡Podrás darte entonces por contento, imbécil!

—¡Toma! Así se me trata ahora,—dijose Loveit.—Me he comprometido por ellos, he cometido una mala acción y me llaman ruin por mi trabajo. No me trataban así cuando he consentido en hacer lo que me pedían.

En efecto, su provecho no estaba muy en relación con la parte que había tomado en el robo: sólo le habían dado una manzana y media, y cuando se quejó le respondieron que habían hecho partes iguales, que, aparte de esto, estaban muy buenas, y que otra vez se le resarciría «al pobre Loveit.»

Hay que saber que el viejo examinaba cada día su manzano:

era el único de aquella clase que había en todo el distrito, y contaba todas las mañanas el número de manzanas que había en el árbol; y advirtió pronto, en la brecha que habían hecho en el cercado de su jardín y en las huellas de pasos que habían dejado en los arriates, que había sido robado durante la noche.

No era ningún mal hombre, no quería hacer daño á nadie, y sobre todo á los niños, á los cuales quería mucho; pero, sin ser avaro, no era bastante rico para regalar los productos de su huerta. Había trabajado toda su vida para comprarse un pedazo de

tierra, y conservaba muy preciosamente para su hijo el resultado de sus economías. El robo que habían cometido en su casa le afligió, pues, profundamente, y estuvo obligado á recogerse un instante para saber qué partido debía tomar.

—Si me quejo al director les castigaré á buen seguro, y lo sentiré mucho. Con todo, es necesario que no puedan volver á las andadas: eso sería hacerles un mal servicio y podría conducir á algunos más lejos de lo que pudieran pensar. Veamos... Ya caigo. Ataré en el jardín á *Mendrugó*, el perro más fuerte y el mejor guardián de toda la comarca. Prometiéndome su dueño que me lo prestaría y estoy seguro de que lo hará.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinar: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA